

Conejos de etiqueta

Gabriela Keselman

A Anna, en París, sin cuya palabra yo no hubiese encontrado las mías...

A la señora Conejo se le atascó la mandíbula.

El señor Conejo pegó un salto tan alto que tardó un rato en bajar.

¡Por todos los conejos! ¡Éste era el sueño de cualquiera!

Por fin habían sido aceptados para participar en el Concurso de la Zanahoria Rallada. Los señores Conejo, de Villaconejos, habían enviado infinitas solicitudes más una, pero no habían tenido suerte. Y justo ahora que ya no tenían esperanzas, ahí estaba la carta. Color naranja, con sus sellos verde hoja y una esquina medio espachurrada. Se la pasaron el uno al otro y el otro al uno hasta dejarla bien leída y pringosa.

Pero de pronto, a la señora Conejo se le volvió a atascar la mandíbula. Y el señor Conejo pegó un salto tan alto que regresó media hora después.

¿Con quién iban a dejar a sus veinte conejitos durante tres días?

Unos veintillizos son un montón, sobre todo si son todos grises, con dos orejas y cara de conejos.

Los señores Conejo decidieron pedir ayuda a su vecina, la comadreja.

Pero la vecina tenía un solo hijo que le daba el trabajo de veinte conejos juntos. Y no quiso saber nada del asunto.

La hora de partir se acercaba y los señores Conejo se arrancaban los pelos de

los nervios. Ella tomaba vitaminas de zanahorias convencida de que eso le daría ideas más luminosas. Él buscaba desesperadamente entre las páginas de la revista *Consejos para Conejos*.

Al fin, los dos se miraron y llegaron a la misma conclusión.

Había que llamar a la abuela. La abuela aceptó encantada, pero tardó varias horas en llegar a Villaconejos porque venía andando despacito desde Chinchón.

Así que los señores Conejo, sudando y haciendo las maletas al mismo tiempo, le dieron las instrucciones a toda prisa. Hablando los dos a la vez.

Y dando voces al mismo tiempo.

La abuela era una anciana muy despistada. Tenía que cuidar a sus veinte nietos y tenía que cuidarlos bien. No podía equivocarse. Ni un poquito. Entonces buscó unas etiquetas adhesivas. Y en cada una de ellas apuntó todo lo que le iban diciendo.

—Recuerda —dijo la señora Conejo acariciando a uno de sus hijos—. Éste es un trasto. Le tienes que lavar las orejas a mano y con estropajo. Las manchas de tinta ya no salen y el chicle que tiene pegado en el rabo tampoco. Aléjalo de los jarrones chinos.

—Pero si no tienes jarrones chinos... —reflexionó la abuela.

—¡Aléjalo igual, yo sé lo que te digo!

—Ésta es la tiquismiquis —dijo el señor Conejo levantando en brazos a una de sus hijas—. No le des zanahorias hervidas ni en rodajas ni sin pelar. Sólo come los domingos a las tres de la mañana.

—Éste es el más tranquilo —siguieron señalando—. Se lava solo, entero o

por partes, se seca al aire o con secador, come lo que hay y se pone la bufanda de lana aunque pique.

—Y éste es el peleón. Hay que cortarle las uñas, limarle los dientes y hasta los bigotes cada hora. Lo reconoces por los moretones.

—Éste es mandón cien por cien. Si no quieres problemas, tendrás que obedecerle. Y el resto del mundo también.

—Ésta es la monda. Ya te darás cuenta... ¡es que es la monda!

—Aquél es el perezoso para levantarse de la cama y ésta la más remolona para ir a la cama. No tienen solución.

—Ésta es un torbellino, éste el quejica, aquélla es la más lista y éste el buenazo.

—Ésta es independiente, éste es un desordenado, aquélla es la celosa y éste el metepatas.

—Aquél es un juguetón, ésta es la soñadora, éste es el mimoso y ésta es algo médica.

La abuela apuntaba y apuntaba a toda velocidad.

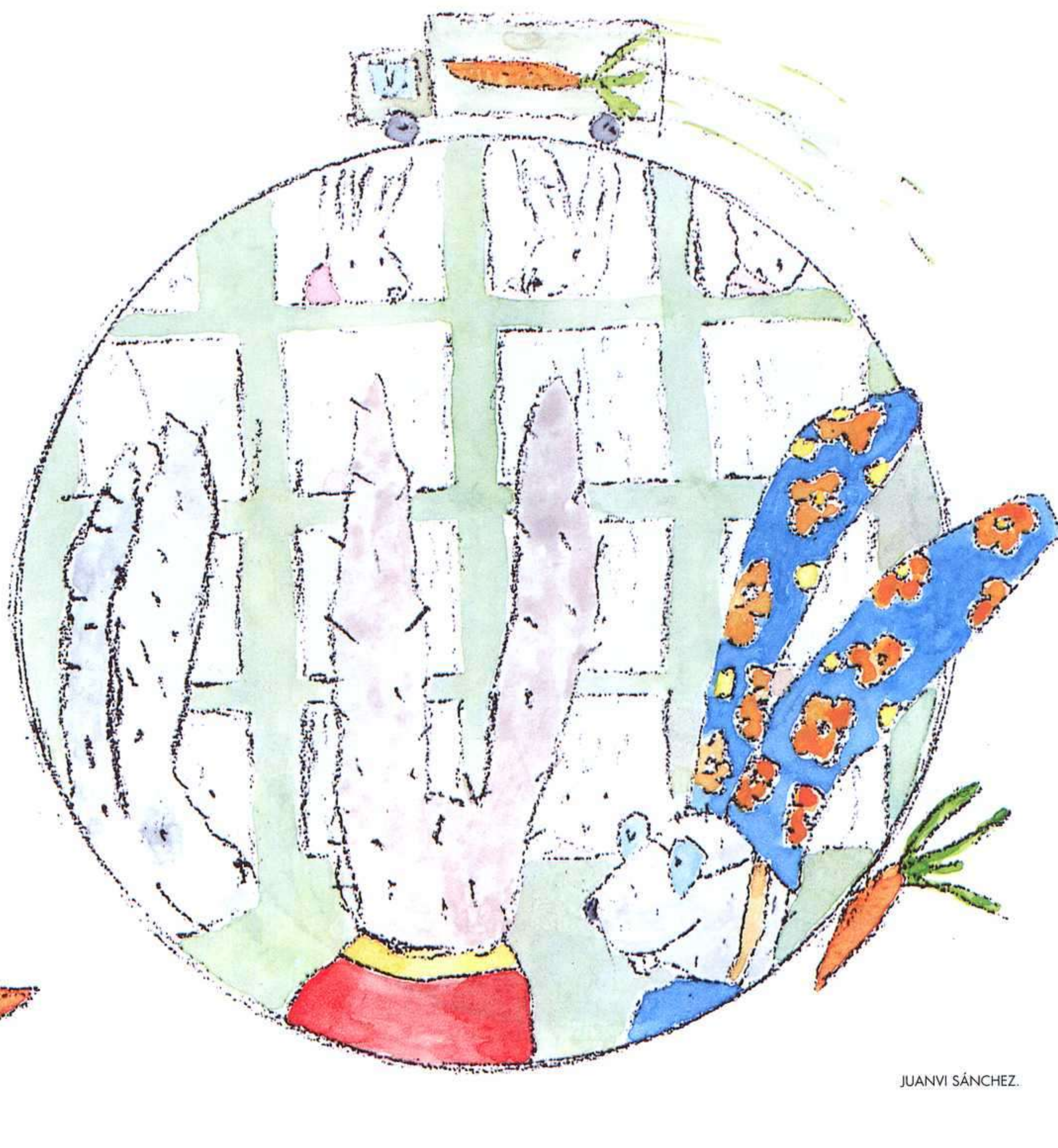
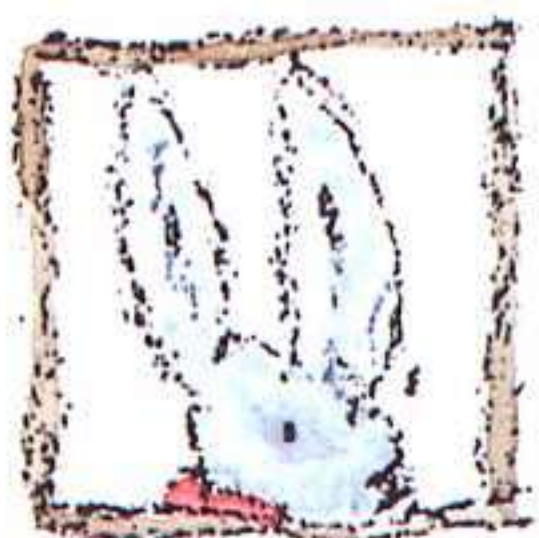
Una etiqueta, la siguiente y otra más.

Algo médica: no puede ver vídeos de lobos antes de dormir. No jugar con ella a la Zanahoria Asesina.

Metepatas: vigilar lo que dice a las visitas. Taparle la boca si viene el tío Conejetti. Esconderlo si viene la tía María Coneja.

Y así la abuela Conejo escribió veinte pequeñas etiquetas. Pegó una a una en la nuca de sus nietos. Así no podría equivocarse jamás.

Se despidió de los señores Conejo que ya se habían despedido hacía rato.



JUANVI SÁNCHEZ.

Y luego se sentó en el patio a tomar el fresco y despistarse a sus anchas.

Se despistó a gusto hasta que de pronto, una ráfaga de brisa la despeinó.

La brisa se convirtió en viento y el viento en ventarrón.

Las hamacas volaron, las cortinas también y hasta los picaportes de las ventanas salieron disparados. Los geranios, los rastrillos y los conejitos de escayola del jardín... Todo iba de acá para allá.

Pero lo peor fueron las etiquetas. Se despegaron una a una y todas a la vez.

Y cuando la tormenta paró, la abuela no sabía quién era quién.

Los veintillizos la miraban y ella miraba a los veintillizos.

¿Cómo podría reconocer a cada conejito?

Por fin, tuvo una idea. A la hora de cenar sirvió un humeante tazón de sopa de zanahorias a cada uno. La tiquismiquis no la iba a probar. Eso era seguro. Sin

embargo, todos comieron sin rechistar menos uno que tenía un moretón en la frente. La abuela se rascó la barbilla.

Se suponía que el del moretón era el peleón. Además, ahora que se había puesto las gafas, veía otro conejo con moretones. ¿Dos conejos con moretones y una tiquismiquis que come de todo?

—Ay, el viento se ha llevado mi poca memoria... —gimió la abuela.

Decidió mandarlos a todos a la cama. El remolón se iba a negar a ir y el man-



JUANVI SÁNCHEZ

dón tampoco iba a obedecer. Era un buen truco para saber quiénes eran. Pero todos, sin protestar, se metieron en sus camitas.

—No puede ser — repetía la abuela dando vueltas alrededor de sí misma.

No pegó ojo en toda la noche, piensa que te piensa, devanándose los sesos. Y para aprovechar el tiempo tejió una bufanda de lana.

Por la mañana reunió a todos sus nietos y preguntó:

—¿Quién se quiere poner una bufanda de lana que pica espantosamente?

El que levantase la pata, ése era el conejo tranquilo. Pero el único que aceptó fue el conejito que aún seguía remoloneando en la cama.

¿Era el remolón o era el tranquilo?

—¿Qué confusión! — exclamó la pobre abuela, soltándose el moño.

Los metió a todos en el cuarto de baño, empujándolos suavemente.

¡Ésa era la prueba de agua!

Pero menuda sorpresa se llevó. Había tres conejos con manchas de tinta y un chicle pegado. Entonces, ¿cuál era el trasto? Además, se suponía que el queji-

ca tenía que quejarse de que el agua estaba demasiado fría o demasiado caliente o demasiado mojada. Pero nadie se quejó.

—Me estoy volviendo loca como una cabra —exclamó la abuela—. Y eso es lo peor que le puede pasar a un conejo.

De pronto se le ocurrió una idea para descubrir a la miedica. Sentó a los veintillizos en corro y propuso jugar a la Zanahoria Asesina. Pero los veinte conejitos se pusieron a chillar del susto y se escondieron en los más diversos rincones.

—¡Esto es imposible! —suspiró la abuela Conejo.

Y dejó a los conejos a su aire. Todos comieron y remolonearon, protestaron y mandonearon, se asustaron y se calmaron. Todos estudiaron y ayudaron. Todos desordenaron y rompieron alguna cosa. Todos pidieron mimos y metieron las cuatro patas. Todos se portaron mal, bien y regular. Todos se pusieron celosos, inquietos e imaginativos y todos la hicieron reír.

—¡Sois la monda! —aplaudió, feliz, y los abrazó a todos.

Tres días más tarde, los señores Conejo regresaron subidos sobre el segundo premio... ¡Un camión cargado de zanahorias ralladas!

Y en las manos traían un trofeo con forma de rabanito.

Celebraron lógicamente con zanahoria rallada y, mientras comían, escucharon el relato de la abuela Conejo.

La anciana les contó lo bien que lo habían pasado desde que las etiquetas se perdieron en el viento. Y los veintillizos les contaron veinte veces lo mismo.

Después del postre, el señor Conejo colocó el trofeo sobre la chimenea y suspiró:

—¡Vaya!, un rabanito... ¡Nos merecíamos el primer premio!

—Eres un mal perdedor —señaló la señora Conejo.

—Y tú eres una conformista —contestó el señor Conejo.

Los conejitos sacaron una ristra de etiquetas en blanco.

—Abuela, ponles una etiqueta a cada uno —dijeron todos riendo.

Pero la abuela Conejo sacudió la cabeza, sonrió y se marchó de Villaconejos andando a toda prisa.